

Alma

Se despierta asustada en medio de la noche sin saber por qué. Quizá fue un ruido en la calle, un camión, un estallido lejano. O un sueño. Sentada en la cama, Alma escucha. Nada: un silencio absoluto parece envolver la casa, un silencio que más que calmarla aumenta su inquietud. Tantea en la mesa de luz en busca del celular y enciende la pantalla. No hay mensajes. Son las cuatro y media, tiene que dormir. Pero en las dos horas siguientes entra y sale de un sueño liviano y agitado. Cuando suena la alarma, no sabe si es que no durmió o si soñó que no dormía.

Su madre ya está en la cocina preparando el té.

—Hay comida de ayer para que te lleves.

Alma niega con la cabeza mientras saca la mermelada de la heladera. Ya hace años que no quiere llevar ese arroz salteado que da olor al calentarlo y hace que todos la miren y frunzan la nariz. Prefiere comer un sándwich como cualquier otro, pero su madre finge ignorarlo.

Las dos se sientan en la mesa con el té y las galletas. Comen en silencio.

—¿Vas al negocio? —pregunta al fin Alma, solo por decir algo.

—No, hoy abre tu primo.

Ella asiente. Ya nadie menciona el incidente que tuvo con Quiang: es como si nunca hubiera sucedido. No es realmente su primo, sino el hijo de un amigo de la infancia de su padre, a quien él siempre vio como familia. Su llegada, un año atrás, pareció ser una buena noticia: venía a trabajar en el negocio y eso aflojaba la presión sobre Alma y su hermana. Pero enseguida algo empezó a incomodarla, algo en la manera en que Quiang fue sumando poder a fuerza de sonrisas, persistencia y una aparente sumisión a su padre. También en la forma en que la mira, o quizás en que los mira a todos, como si algo de ese poder conquistado se extendiera sobre toda la familia. Y después vino el incidente que ha sido silenciado. Alma se levanta.

—Me voy. Hoy tengo Gimnasia, vengo tarde.

Las obras en la calle Arribeños hacen que sea difícil caminar. Pero ella la conoce de memoria, puede recorrerla con los ojos cerrados. A veces lo hace, como un juego para probarse. Dieciséis pasos hasta la pescadería. Avanza despacio contando en su cabeza... trece, catorce, quince, y exactamente en el dieciséis la nube olorosa la invade. Por un instante su mirada se cruza con la de la encargada, que está recibiendo mercadería y le sonrío. Cuatro pasos más y está la vidriera donde una docena de metálicos gatos amarillos saludan con sus brazos móviles

hacia atrás y adelante, adelante y atrás, un movimiento hipnótico que si mira mucho tiempo tiende a provocarle náuseas. Luego viene la herboristería en que un cartel proclama: “¡Las semillas curan!”.

Son estas distracciones las que impiden que vea a la mujer que avanza hacia ella y, cuando lo hace, ya es demasiado tarde para meterse en un negocio o cruzar la calle. La mujer se detiene.

—¡Jiang Li!

Alma se esfuerza a sonreír. Odia que usen su nombre chino fuera de su casa.

—Buen día, profesora —dice en chino.

—No te vi en las últimas clases, ¿qué pasó?

—Estuve enferma.

Es mentira y Alma sabe que la profesora sabe. O al menos que lo intuye: es evidente por la forma en que sus cejas se alzan y un rictus de desconfianza curva sus labios.

—No hay que descuidar las clases.

Ella asiente. Piensa que debería decir algo, pero no se le ocurre qué.

—El estudio es importante —insiste la mujer—. Lo más importante.

Alma considera qué pasaría si le dijera que en realidad no tiene intenciones de volver a la escuela de los sábados, pero concluye que no le conviene.

—Claro —vuelve a sonreír—. Disculpe, pero estoy apurada.

La profesora inclina levemente la cabeza y Alma se aleja rápido. Pasa junto al enorme arco con serpientes

y leones de piedra que marca la entrada al barrio: es una construcción imponente, pero ella la vio tantas veces que ya no la ve. Cuando llega a la estación saca de la mochila su tarjeta electrónica, la pasa por el lector y empuja el molinete.

Faltan cuatro minutos para el tren de las 7:15 y el andén está lleno. Como siempre, hay caras conocidas. La señora Wu, dueña de uno de los supermercados del barrio, con su hija Tian, que debe tener unos tres años. Nació poco después de que los Wu llegaran al país, cuando todavía no hablaban una palabra de castellano, y el nombre local, Lionela, se lo eligió el chico boliviano que atiende la verdulería. Que resultó ser un fanático de Messi. Alma piensa que alguien tendría que haberle dicho que era un nombre raro para una nena, pero es tarde para eso.

La saluda con un movimiento casi imperceptible y sigue caminando. Hay otras personas a las que suele ver en la estación, esas dos chicas con mochilas, el pibe con auriculares que escucha música muy fuerte. También está el ciego que pide limosna en el tren. Es una figura inquietante: la gente lo observa tantear el suelo con su bastón blanco y en sus caras se ve el temor de que se acerque demasiado a las vías, de que caiga al foso. Siempre hay alguno que le habla o le ofrece un brazo. Por momentos Alma tiene la sensación de que en realidad la ceguera es falsa. Sus pasos le parecen demasiado exactos, su orientación demasiado buena. Sospecha y se siente culpable por sospechar.

Camina unos metros más para alejarse del ciego y se deja caer en un banco casi al final del andén. Hace mucho calor. Se quita la camisa y la guarda en la mochila. Abajo tiene una musculosa negra algo escotada que su madre no aprueba.

Debería repasar Física, tiene examen y estudió poco. Pero no lo hace. Saca en cambio el celular y vuelve a confirmar que no hay mensajes. Luego revisa los que mandó el día anterior. El que le envió a él salió normalmente y aparece como leído. Se dice que quizá todavía conteste, aunque en el fondo intuye que no va a suceder.

Se prometió que no iba a hacerlo más, pero no puede resistirse y vuelve a mirar las fotos. Son cuatro: en la primera Matías está solo, se la sacó ella un día que tomaban un café sentados en una vereda. En las otras tres aparecen juntos. Hay dos donde se los ve con las caras bien pegadas, el brazo de ella extendido para sacar la foto, la risa abierta. En la última, él había girado la cabeza súbitamente para darle un beso y en los labios de ella se dibuja una sorprendida sonrisa.

Las ha mirado cien veces. O mil. O un millón, imposible saberlo. Eso es todo lo que le queda.

El tren ya está entrando a la estación. Le cuesta pararse. Quizá sea el calor, las fotos de Matías, la falta de respuesta a su mensaje o un poco de todo eso lo que provoca esta ola de nostalgia y pesar que la invade y vuelve sus movimientos lentos. Entra última al vagón y la puerta se cierra a su espalda.

Jorge

Jorge se considera a sí mismo un juez de personas. Desde su punto de vista, esa es la definición más precisa de lo que hace. Claro que, si alguien le pregunta a qué se dedica, no puede responder eso. Suele decir que es un “trabajador independiente”, lo cual es cierto, o que está en un período de transición entre un trabajo y otro, que es cierto también. ¿No estamos todos, en cierta manera, en transición entre un trabajo y otro?

Pero la realidad es que Jorge no piensa cambiar de profesión. Ha encontrado algo para lo que es bueno. Y cuando se tiene un don, es difícil darle la espalda.

Esa mañana empieza para Jorge de la misma manera que tantas otras, en el baño de un bar. Es su rutina. Siempre bares distintos, cercanos a la zona en la que va a trabajar.

Entra con confianza. Saluda al hombre detrás de la barra, con un movimiento de cabeza. Presumen de inmediato que es un cliente habitual. A paso firme se dirige al baño. Tomó la costumbre en una época en que no le quedaba otra. Vivía con una chica que no sabía a qué se

dedicaba, y de saberlo, no le hubiese gustado. Cuando se conocieron, él le había dicho que era profesor de Gimnasia. Le había parecido una mentira creíble, le gustaba el deporte y se mantenía en forma. Pero para trabajar había preferido moverse de traje y corbata. Y un profesor de Gimnasia que todos los días sale a trabajar de traje y corbata no tiene mucho sentido. Así que salía con un *jogging*, canguro, zapatillas y, en el bolsito de gimnasia, cargaba el pantalón, el saco, la corbata, la camisa y los zapatos.

Después la chica se fue. Se cansó de él. O eso pensaba Jorge, no sabía bien. Quizás nunca le creyó nada de lo que decía. Tampoco importaba. “El que quiere se queda y el que quiere se va”. Esa era su filosofía, para todo.

Es muy importante elegir bien el bar. De ser posible bares grandes, con mucho movimiento. En el baño se toma todo el tiempo del mundo en cambiarse. Tener buena presencia es fundamental en su trabajo. Cuida que el pantalón y la camisa estén limpios y planchados, los zapatos brillosos, el nudo de la corbata perfecto. Para el pelo le gusta ponerse un poco de gel y peinarse con raya al costado. Cuando está listo, se queda un buen rato mirando su reflejo. Es su parte favorita del día. Se ve muy bien. El traje le queda calzado, le favorece. Parece un empresario o algún tipo de profesional, quizás un arquitecto. Una vez había intentado sumar un par de anteojos, porque consideraba que le daban un aspecto respetable. Pero tenía una vista excelente y terminaron siendo una molestia.

¿Y por qué traje y corbata? Podría haber usado también la ropa de profesor de Gimnasia, la gente confía en los deportistas. Pero, para Jorge, ir de traje era tomarse las cosas lo más en serio posible. Un juez debe ponerse por encima de aquellos a los que va a juzgar. No debe dejar que sus sentimientos o simpatías lo influyan. El traje tiene que ver con eso, con proyectar una imagen de imparcialidad; su aspecto debe ser prolijo y frío, él no es de aquí ni de allá, no está a favor ni en contra de nadie, no busca dañar a nadie, no hay sentimientos, ninguna intención de mal ni de desprecio. Jorge es un juez: debe elegir a una persona y luego actuar en consecuencia. Es algo inevitable.

Cuando sale del baño del bar es otro. El que entró era un muchacho de remera y *jogging*, de unos treinta años. El que sale es un ejecutivo. La mayoría de las veces, ni los mozos que lo vieron entrar asocian que se trata de la misma persona. Para cuando el ejecutivo sale, se han olvidado del chico que entró. Por eso es bueno elegir bares con mucho movimiento de personas. Si el mozo le echa una mirada de desconfianza, si nota cualquier movimiento sospechoso a su alrededor, cambia sus planes, pide un café y se sienta en una mesa. Demuestra que no tiene nada que ocultar. Si sigue sintiéndose en la mira, puede llegar a no trabajar ese día y quedarse en el bar el tiempo que haga falta. Hace mucho que aprendió que, para que todo salga bien, lo más importante es cuidar los detalles. Si algo puede salir mal, va a salir mal y todo eso. Ahora que la chica ya no vive con él, podría salir vestido de traje

y corbata directo de su casa, pero piensa que sería un error. Si alguna vez lo buscan, van a buscar a un hombre de traje y corbata. Por su barrio prefiere seguir siendo un profesor de Gimnasia.

La mayoría de las veces no tiene de qué preocuparse. Sale del baño, camina con paso firme hacia la puerta y deja el bar. El extraordinario poder de la seguridad. Si se está seguro, se puede ir por el mundo sin límites. Actuar con seguridad es la clave. Y él lo sabe hacer muy bien.

Una vez le contaron una graciosa anécdota laboral: cómo habían robado una cámara de un canal de televisión, en pleno día, saliendo por la puerta principal. Habían entrado al canal sin dar explicaciones, gracias a la magia de transmitir seguridad. Hablaban entre ellos como si vinieran de almorzar. El guardia que estaba en la puerta dudó por unos segundos, ellos lo miraron con desprecio, dieron a entender lo apurados que estaban y saludaron con la mano a alguien dentro del canal. Lo más gracioso es que esa persona les devolvió el saludo. “¿Cómo va? ¿Todo bien?”, les gritó. Por supuesto no tenía ni idea de quiénes eran, pero lo habían saludado con tanta seguridad, que no quiso ser menos. El guardia volvió a su comfortable silla.

Una vez adentro, recorrieron el canal sin ningún plan, se cruzaron con un par de estrellas y con el conductor del noticiero. Llegaron a un estudio completamente vacío, agarraron una cámara, un par de cosas más y, con la misma facilidad con que entraron, salieron. Incluso le